

Retrato de un hombre inmaduro

Autor: Luis Landero

Editorial: Tusquets

Lugar y año: Barcelona, 2009

Páginas: 234

TIERNO ABSURDO

Desde su primera obra *Juegos de la edad tardía* (1989), Luis Landero ha insistido en mostrarse como un escritor de atmósferas particulares no tanto geográfico-simbólicas como humanas que ha ido tallando consecutivamente y con esmero -como un dignísimo artesano del género- con cada una de sus hasta hoy seis novelas.

Hay novelistas centrados en el estilo, otros en el espacio, otros en la dimensión simbólica y otros en el desarrollo de la acción. La preocupación narrativa primera de Landero se encuentra en el personaje, y especialmente en el diseño de su constitución moral más que psicológica. Esa dimensión

moral resulta específica para cada cual, pero con la nota común dominante, como va demostrando el autor novela tras novela, del afán por ser otro y de la interminable melancolía por los sueños incumplidos. Una vez perfilado ese personaje y definido su campo de acción, las novelas de Landero comienzan su proceso catalizador y expansivo, a modo de una tela de araña, del resto de los satélites que de aquélla dependen, entre ellas el lenguaje que, pese a lo extremadamente cuidado que está siempre en sus obras -pues Landero siempre busca la pertinencia, la eficacia y la precisión por encima el brillo estilístico vacuo—, ocupa un lugar secundario con respecto a la construcción y puesta en escena del personaje y su historia concreta, que no suele ser otra que la historia de su vida, y que en la obra de Landero no es tanto aquello que ha vivido como aquello que le hubiera gustado vivir y que por múltiples motivos no vivió.

Esta reflexión genérica sobre uno de los procedimientos narrativos empleados por Landero en cada una de sus obras resulta muy oportuno para introducir el análisis de *Retrato de un hombre inmaduro*, pues su última novela lo cumple con especial nitidez y hermosa rotundidad: en ésta ya no

existen subtramas en las que se cobijan pequeñas historias de personajes secundarios que funcionan a modo de distracciones y descansos para distender la gravedad argumental de la acción principal; Landero se ha desprendido de todo ello y ahora nos encontramos ante un único e innominado personaje que vive la última noche de su vida y hace un recuento de su existencia ante la presencia consoladora de un oyente misterioso que nunca llegará a tomar la palabra. Al cabo de su balance, al final de la novela, vemos que se halla frente a la ineludible verdad de su existencia: la de ser consciente de que ha vivido más las vidas de los otros y desde los otros que la suya propia.

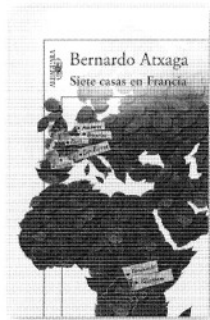
Esas otras vidas de las que está trenzada la del protagonista están presentes en la novela, pero insistimos en que no como la de personajes secundarios sino como la de meros accidentes que aparecen rescatados mediante la evocación del protagonista y no en la acción de la novela, y que por tanto responden únicamente a la consecuencia lógica del simple y natural hecho del vivir, pues sobre la novela pesa la idea de que cualquier vida está construida con la de aquellos que pasan por la existencia de cada cual. De este modo nos encontramos

un muestrario de individuos que se mueven entre la ternura que suscita la compasión del lector, como el inolvidable señor Tur; don Obvio, integrante de la tertulia del *Maracaná* o el mecánico Bertini; el hilarante surrealismo de un insistente y berlanguiano vecino ocasional que regala a nuestro protagonista un zorro disecado, le llena la casa de bártulos y le pone patas arriba su mobiliario; o la desternillante mujer que no cesa de hablar a voces salvo cuando tiene que hacer alguna que otra confidencia.

Sin traicionar su insobornable pupilaje cervantino presente ya en aquella primera y madura novela y que le sirve al autor extremeño como balcón placentero desde el que escudriñar esa mencionada realidad moral del hombre contemporáneo, la narrativa de Luis Landero va escorándose, poco a poco y con paso firme, hacia el absurdo literario; si bien se trata de un absurdo en el que en primer lugar el humor va ganando cada vez más importancia, y que en segundo lugar está revestido de ternura, tamizado por una mirada permisiva y comprensiva hacia las ambiciones desmedidas de unos personajes provocadas por sus debilidades y limitaciones humanas, y que por ello en un determinado momento se ven abocados a

realizar un pacto con sus vidas, el mismo al que se enfrenta el protagonista de *Retrato de un hombre inmaduro* en el inminente umbral de su muerte.

**Gonzalo
Álvarez Perelétegui**



Siete Casas en Francia
Autor: Bernardo Atxaga
Editorial: Alfaguara
Lugar y año: Madrid, 2009
Páginas: 256

EL LADO HUMORÍSTICO DEL MAL

Una decisión crucial de todo contador de historias es la elección de la voz narrativa. Sin duda, la especificidad de ese ente que llamamos “narrador” —para muchos teóricos, siempre un personaje, por mucho que se esconda— resulta decisiva para conseguir el efecto buscado por el autor. Y uno de los logros de *Siete casas en Francia*, de Bernardo Atxaga, consiste en fabricar una voz narrativa que relata

una historia de crueldad e hipocresía en un tono aparentemente desenfadado, *matter of fact*, sin verse movido a la censura o a la indignación.

La novela supone un giro notable en la trayectoria narrativa de Atxaga, en especial respecto al ciclo de Obaba, aunque (según declaró en la entrevista publicada en *Fábula 27*) en realidad tal giro, más que una innovación revolucionaria, supone una vuelta a ciertos escritos de juventud caracterizados por un tono sardónico. Aquí nos situamos en el Congo colonial belga en tiempos de Leopoldo II, en una base militar de la *Force Publique* en la remota población de Yangambi. La historia describe cómo un puñado de militares se las arregla para sobrevivir no tanto a las serpientes mamba o los guepardos que merodean por los alrededores, sino más bien al hastío de una vida sin horizonte, a los infrecuentes agujonazos de una conciencia dormida, a la cainita convivencia con compañeros, superiores y subalternos.

El entorno y la ambientación remiten de modo bastante obvio al conradiano *Corazón de las tinieblas*, pero la similitud acaba demasiado pronto. La peculiar elección de voz narrativa describe las envidias, mezquindades, odios y la cruel explotación de